

ESPACIO PÚBLICO

Durante el confinamiento las calles han estado vacías. Ahora vuelven a llenarse. Y reencontramos un permanente conflicto por el uso del espacio en las ciudades. Desde el inicio de la industrialización se ha producido un proceso continuado de despoblación del mundo rural y concentración de la vida en las ciudades. En ellas mucha tiene que convivir en un espacio limitado. Un espacio que tiene múltiples usos que reflejan, a la vez, gustos personales e intereses económicos.

Algunos son conflictos menores. Como el que enfrenta a los niños que juegan a pelota con la gente mayor que toma el sol. Otros son de mayor calado. Como el del coche. Un instrumento que el lobby automovilístico consiguió convertir en el amo de la trama urbana, sacrificando mucho espacio. Pues los coches además de contaminar, provocar accidentes y contribuir al calentamiento global, consumen mucho espacio. Sólo en los últimos años se ha empezado a entender que hay que ponerle coto y cambiar el modelo de transporte urbano y aumentar los traslados a pie, bicicleta y transporte público. Pero justo cuando estábamos en esta transición han surgido otros conflictos. El de mayor escala el protagonizado por el turismo masivo y sus derivadas en forma de terrazas que monopolizan plazas y aceras y aglomeraciones de gente en lugares emblemáticos. Otros más difusos como la extensión de la tenencia de perros o el propio uso de vehículos (bicicletas, patinetes...) que vienen a sustituir al coche.

Durante el confinamiento estricto estos conflictos han quedado congelados. Pero ahora asoman con más fuerza. La razón es que las políticas de salud exigen tomar distancias y esto requiere más espacio. Basta comprobarlo observando la longitud de la cola en algunas tiendas y compararla con lo que había hace dos meses. En mi ciudad este es un conflicto viejo que ahora se encona. Volver al uso del coche privado es una mala solución, empeora la contaminación y la salud y contribuye a reforzar el calentamiento global. Optar por una movilidad sostenible supone quitarle espacio al coche. La necesidad de seguridad sanitaria reduce el espacio de los restaurantes. Los empresarios piden que se les compense con más espacio para terrazas. Supone restringir el espacio para otros usos, crear barreras a las personas con problemas de movilidad y, lo más seguro aumentar el nivel de ruido en muchas zonas.

El conflicto ya ha estallado. Los lobbies del auto y del turismo han lanzado una ofensiva, el primero exigiendo la cabeza de la concejal de Urbanismo por promover una movilidad sostenible, el segundo pidiendo más espacio y menos impuestos. En lugar de exigir sustanciales rebajas de alquileres a los rentistas. Las organizaciones vecinales, ecologistas y sociales aún confinadas ya empiezan a exigir lo contrario. Es necesario regular adecuadamente el uso del espacio en aras al bien común. Pero no va a ser fácil. Este virus además de una amenaza para la salud es como un puntero de láser que va señalando todas las contradicciones de nuestra sociedad.